

**ESCRITO EN EUSKADI**

## ¿QUIÉN PODRÁ RESISTIR ESTA MIRADA?

Mi opinión pura y simple es que la pena de muerte ha sido fácticamente restablecida en el territorio administrado por el Estado español. ¡Que digan los parlamentarios y los jueces lo que quieran! Aquí está la pena de muerte, y además precedida de los más varios e innombrables horrores. Recordemos ahora por ejemplo algunos casos más o menos recientes: Arregi, Almería, los cuatro presuntos militantes de los GRAPO *ejecutados* hace dos días en el Ripollés, y ahora el también estremecedor final de Juan José Crespo Galende, cuyo trágico testimonio –el de su desesperado acabamiento- había de decir algo a la sensibilidad de tanto sospechoso humanista como anda por ahí clamando contra toda violencia y participando al mismo tiempo de los *beneficios* de la violencia institucional. El otro día se publicó una foto de Juan José Crespo en un lecho que ya era el de su mente: una foto que nunca, por mucho que viviera, podría olvidar. Al mirarla me dije: ¿Quién podrá resistir esta mirada? Pues bien, ahora que este revolucionario ha muerto me doy cuenta de que era ya una mirada póstuma: de que ya, sin haber muerto aún, nos estaba mirando su memoria... Y respetuosamente me descubro ante su cadáver, como ante los de los demás, sin tener para nada en cuenta – porque ahora sería ignominioso hacerlo- consideraciones tácticas o estratégicas.

Junio 1981

## ESTAR EN LA CÁRCEL (Se dice pronto)

Son muchas las veces en que uno –por lo menos yo- dice que <no es nadie> para hablar de tal o cual cosa, porque le falta sabiduría o no tiene experiencia para ello. Me encuentro yo entre los que <no somos nadie> para hablar de las prisiones como experiencia personal, y no porque no haya vivido en su interior como preso, sino porque no es posible poner en una misma cuenta mi experiencia, que no ha llegado a diez meses contando mis dos estancias (en 1966, y en 1974-75), con la de quienes han sufrido, y siguen sufriendo, largas temporadas en aquellos infiernos, contando sobre todo con las actuales (y más dramáticas que nunca) circunstancias. Uno no es nadie, en efecto, pero tampoco es menos que nadie, y cuando se trata de este tema –¿y como no tratar ahora de él, cuando tantos y tantos presos y presas se están pudriendo (así, literalmente, pudriendo) en las cárceles españolas?-, cualquiera es alguien para decir, si es que por un momento le dejan, su dolorosa opinión sobre lo que tristemente sucede, está sucediendo mientras me tomo este vino, mientras me paseo por esta calle, mientras saludo a un amigo y nos reímos por cualquier comentario. Estar encerrado en una prisión es una de las más terribles situaciones en las que puede hallarse un ser humano, y es, por cierto, una experiencia que se comunica muy difícilmente, en el caso de que sea posible comunicarla. El espacio interior de una cárcel es un espacio <otro>, de manera que casi podría decirse que se encuentra en otra dimensión. En los dolorosos momentos en que el preso y su familia <comunican> en el locutorio de la cárcel, es muy delgada la lámina de espacio que los separa y sin embargo es una lejanía inmensa, casi podría decirse cósmica. En cuanto al tiempo, tampoco el que transcurre allá dentro se puede homologar con el tiempo exterior: con el de los que estamos, como se dice, <en la calle>. Yo pienso hoy en todo esto e imagino la situación, ya de por sí abrumadora, reduplicada por los regímenes <especiales> a que son sometidos los presos en las cárceles de la <democracia española>, y ahora, por si todos los horrores fueran pocos, la huelga de hambre, ¿hasta cuándo? ¿Hasta la muerte? ¿Qué hacer para evitarla? Las mejores gentes de nuestro pueblo están reclamando en las calles, valerosamente, la amnistía, y sólo golpes, tiros – como ahora en Rentería- responden a este anhelo profundo, cuyo objetivo es una de las condiciones del alto el fuego en esta guerra: condiciones nunca escuchadas por quienes hipócritamente dicen desear con fervor la paz para Euzkalerria; una paz que, desde luego, es inconcebible en la injusticia.

Yo ahora me estoy tomando un vaso de vino en este bar. Yo he abierto la puerta de mi casa esta mañana y he salido a la calle. Yo he podido tirar hacia la Calle Mayor o hacia la Marina. Yo he comprado “Egin” y lo leo ahora tranquilamente en esta terraza. Yo volveré luego a casa y nos sentaremos a la mesa y almorzaremos. ¡Qué placeres tan enormes! ¡Qué bella está la mañana la bahía de Txingudi! ¡Estar en la cárcel! ¡Se dice pronto! Hay que sacar, hermanos, a nuestros presos de las cárceles. Es insoportable pensar que ellos están allí.

Enero 1982

**TERROR Y VIOLENCIA** (Publicado en <Misión Abierta>, Madrid 3 de Junio de 1982)

1.- La producción consciente de terror sólo se realiza desde el Estado, como un ingrediente necesario de las guerras *especiales*, antisubversivas; es decir, desde el aparato contrarrevolucionario, por ejemplo, en la lucha de los imperios contra la liberación de sus colonias. Ciertamente que los oprimidos, en su lucha, producen terror en las clases dominantes. ¡Qué le vamos a hacer! Los pobres, los explotados, son *terribles*. Causan pavor con sólo aparecer inmóviles a la puerta de una fiesta. Un poco más de terror producen, y aún mucho, cuando alzan su puño amenazador. Espanto si ponen una bomba, el arma de los pobres, como muy bien dijo Sartre... Pero los oprimidos, cuando luchan, sólo reclaman justicia: una justicia que, cuando se reclama con fuerza, hace palidecer a algunos, los cuales se apresuran a promover, claro está, legislaciones especiales *contra el terrorismo*. En el marco de la lucha de clases y en el de la liberación nacional, estos temas se aclaran con facilidad a poco que se pose una mirada no ideologizada sobre *ellos*.

2. La violencia ejercida por los opresores es metafísicamente distinta, si así quiere decirse, de la violencia ejercida ocasionalmente o decididamente, estratégicamente, por los oprimidos. Ambas violencias *producen terror*; es imposible negarlo; pero yo no puedo lamentarme, de ninguna manera, por el terror que experimenta, ante la práctica de la violencia revolucionaria, quien siempre desoyó las pacíficas razones que apuntan a la necesidad de que el mundo <cambie de base>. <El mundo ha de cambiar de base. Lo nada de hoy todo han de ser>. Es verdad, y los <nada de hoy> tienen razones muy serias para adoptar actitudes que causan, efectivamente, miedo. ¿Pero quién tiene miedo? ¿O quién dijo miedo? Son preguntas muy importantes. Si los ricos un día se mueren de miedo, yo no podré llorar.

## ¡QUE SE MUERAN LOS <PROGRES>!

Voy a empezar diciendo la siguiente tontería: Antes había revolucionarios; ahora hay <progres>; mañana volverá a haber revolucionarios. Es una tontería porque no es verdad, e incluso porque no puede ser verdad: porque las cosas no funcionan así, en términos diacrónicos, que con tanto gusto aceptan los partidarios, confesados o no, de la teoría orteguiana de las generaciones (teoría desde la que, como ya se sabe, no se ve la lucha de clases) y, también porque, en cualquier caso, quién podría decir lo que pasará mañana. Pero si lo he dicho así no es, desde luego, por el gusto de decir tonterías, sino porque algo de verdad me parece que hay en esa mentira; y porque es una forma retórica de decir algo que sí me parece cierto.

Por primera vez en mi vida escribo la palabra <progre>; la he visto nacer y me ha causado una gran repugnancia desde el primer momento en que empezó siendo un término banalizador, trivializador, de posiciones y conductas a veces seriamente antifascistas, hasta que empezó a cubrir una verdadera realidad sociológica: la del inconformismo superficial que pronto empezó a anunciar otro grado de la entropía social: el llamado imperialismo (por ejemplo, condenarán la <invasión> de Afganistán sin tener ni la menor idea de lo que allí está sucediendo).

4. Contradicciones varias y fuertes. Por ejemplo, ante el tema <televisión> su respuesta mecánica será manifestar su repugnancia ante esa cajita. Pero si vamos a su casa seguramente encontraremos un aparato de televisión en el comedor.

5. Etcétera. Otro día, si el tema les interesa, continuaremos charlando sobre él.

## ¿ESCRIBIR BIEN O DA IGUAL ESO? (Estética e Información)

Ignoro si en las escuelas de Periodismo se estudia Estética desde el punto de vista de la Información; mucho me extrañaría que tal materia no existiera en esos cursos de formación de periodistas; y sin embargo, leyendo los periódicos, graves dudas me asaltan a este respecto. ¿Será quizás una asignatura secundaria? ¿Habrá en ese campo –en el caso, como digo, de que la materia exista y se curse?- profesores ineptos?

Para encuadrar el problema en términos más generales hay que decir que los periodistas no son un caso aislado: que no sólo ellos escriben mal. Escribir mal y hablar peor constituyen una <normalidad> de nuestro tiempo; lo excepcional es la buena escritura y el habla rica y matizada, y ello en las capas hipotéticamente cultas: universitarios, profesionales y otros; y ello es así incluso en territorios, como el francés, donde siempre se ha hablado y escrito pero que muy bien. (Amigos franceses me han dicho cómo se ha perdido o está perdiéndose la escritura y el habla también por aquellos pagos y cómo el empobrecimiento afecta tanto a la sintaxis como al léxico; la frecuentación de tics y comodines –la palabra *truc*, por ejemplo- sustitutivos de la potencial riqueza léxica son signos de esta degradación del habla y de la escritura aquí y allá y por todas partes). La contrapartida de estos empobrecimientos se sitúa en el mundo –en el mundillo- del escritor profesional, campo en el que podría decirse que se hace una hiperescritura. ¡Qué bien escriben los escritores! ¡En un mundo en el que se escribe tan mal, qué bien, que requetebién escriben algunos escritores! Este escribir muy bien de los escritores es la otra cara de una mala moneda en la medida en que se llega a postular la autonomía absoluta de la escritura, es decir, se apunta a un virtuosismo desarraigado: a una mera retórica: escritura y *nada más*. (Equidistante de este escribir <bien> y de aquel escribir mal está el plano en que se produce la gran literatura: *rara avis in terra*. Plano muy difícil, casi diríamos misterioso, en el que el estilo es profundidad.

Volviendo al habla y a la escritura de la información, encontramos que el tema ha sido objeto de debates, quizás desde que los periódicos existen: ¿hay una escritura periodística y una escritura literaria? El periodismo ejercita o estropea a los escritores? ¿La literatura amana o enriquece a los periodistas? El tema se ha zanjado a veces con la siguiente dicotomía: cada periódico sería en realidad dos: uno escrito por los periodistas y otro por los colaboradores. Aquél escrito de un modo funcional y éste de un modo más o menos literario. Aquél, escrito para servir información y éste para incorporar a las páginas del mundo de la inteligencia. No es mi intención replantear ahora ese viejo debate, pero he querido recordarlo para situar nuestro punto de vista a propósito de una posible estética de la información.

El cual se refiere sobre todo a la escritura anónima que en el periódico aparece: a la escritura de redacción de un titular, de un pie, de un telegrama: a la escritura en que se describe una manifestación o un suceso, es decir: a la información en su sentido más estricto, pues los artículos llamados comúnmente <de opinión> refieren a la calidad o falta de calidad de sus autores, de –como se dice- las *firmas* o, como se decía, las *plumas* con que cada periódico cuenta.

Hace años (en los 60), se dio en la literatura castellana un movimiento llamado realista, cuya intención era sustituir de algún modo por un lado la falta de información periodística, y por otro la falta de actividad política antifascista en el plano público, es decir, fuera de los claustros de la clandestinidad; y yo recuerdo que aquella escritura parecía fabricada por escritores semianalfabetos cargados, eso sí, de las mejores intenciones revolucionarias. Fue entonces preciso decir, y lo dijimos, que la estética tenía que ser una preocupación primordial de los escritores revolucionarios; y ello no porque fuera preciso *adornar* nuestras obras, sino porque en literatura el estilo comporta iluminaciones inalcanzables por medio de una escritura descuidada y populista. Y he aquí algo muy cierto: que una historia no se

puede contar de diversas *formas* (de modo que el mismo *contenido*, como se ha dicho siempre, pudiera *formalizarse* de esta u otra manera), sino que cada *forma* de contar es una historia diferente.

Pasando esta idea al campo de la información, opino que cada forma de ser redactada una noticia de una noticia diferente. ¿Cómo despreocuparse entonces de los problemas *formales*? O, dicho de otro modo: ¿cómo no estar preocupado por la Estética si se dedica uno a la Información? ¿Cómo no plantearse seriamente el tema de la escritura? Y hay que decir lo muy frecuentemente que es el hecho de que los periódicos revolucionarios estén mal escritos: cierta beatería del *contenido*, cierta confianza optimista en que, siendo la verdad revolucionaria, ella se ha de abrir paso *de cualquier forma*, cierto perezoso descanso en el lenguaje que fue revolucionario (estilo de cliché, llamó Mao tse Tung a esa manera de escribir la literatura revolucionaria), dan una escritura inexpresiva cuando no torpe y descuidada. <Pero se entiende –he oído a veces– lo que quiere decir>. Se entiende o se sobreentiende o no se entiende en absoluto o se entiende otra cosa; porque la mala escritura comporta ambigüedad, o, dicho de otro modo, es desinformación; mientras que el estilo preciso en *información*, contiene información. Y la información es revolucionaria siempre; de manera que nuestra estética informativa no es, como la de la prensa reaccionaria, la estética de la manipulación (o la manipulación de la estética a los efectos de ocultar la verdad: práctica corriente de la prensa del capitalismo; pues ellos saben esta lección de que un hecho contado de otro modo, es otro hecho que oculta el primero, superponiéndose a él. Todos sabemos cómo cuenta las cosas la prensa reaccionaria).

Escribir bien: he ahí un plan muy revolucionario. Y también –¿cómo no?– reproducir cuidadosamente esa escritura. Parecerá una trivialidad decirlo, pero considero que las erratas son una de las más terribles plagas de nuestro tiempo en el campo de la información. ¿Porque hacen feo? Sí, porque hacen feo en el sentido profundo que acabamos de decir: el mismo sentido en que hace feo nombrar a la RAF <banda Bader-Meinhoff> o titular una campaña contra Pinochet <Boicot contra Chile>. Por ahí tendrían que empezar, creo yo, nuestras reflexiones en torno a la función de la Estética en el campo de la Información desde un punto de vista revolucionario.

septiembre 1979

## CARTA A 33 INTELLECTUALES VASCOS (Artículo mínimo sobre una indignidad mayúscula)

Un grupo grande de <intelectuales y artistas vascos> ha roto su silencio, al que estamos habituados, pues no son voces que se oigan con frecuencia, y menos cuando de denunciar los dolorosos efectos de la opresión sobre este pueblos se trata. (Por decir algo, si de ellos hubiera dependido, hoy regiría los destinos del Estado español el Almirante Carrero Blanco). Los gritos de la tortura y de las cárceles resbalan dulcemente, en general, por sus castos oídos. A veces he pensado en la cobardía civil de esta <intelligentsia>; hoy me confirmo en esta sospecha a la vista de que escriben contra una comunidad amordazada. De esta manera, parecen celebrar el reciente discurso del Ministro Rosón.

Toda respuesta a su escrito caería dentro de los inabarcables <límites de la apología del terrorismo>. Por eso yo tampoco puedo responderles. He aquí por qué me parece el papel un documento indigno (Se trata de un documento contra ETA, cubierto con la dudosa capa de declarase enemigos de toda violencia, venga de donde venga). Ustedes, señores, aparecen ahora como unos humanistas ful. El papel que han suscrito es una pamplina política, o mejor, politiquera: está escrito en la repugnante estraza del oportunismo y de la colaboración con el Poder. Es un signo de degradación. Encuentro en él ausencias que me reconfortan; también presencias que me extrañan.

Intelectuales cortesanos: miren al interior de sus conciencias y es seguro que algunos de ustedes sentirán al menos un poco de vergüenza. Todos nosotros, y yo el primero, *estamos contra la violencia*. Pero no se lucha contra la violencia —al contrario— haciendo reverencias al Poder, sino estudiando seriamente sus causas, y denunciando y combatiendo implacablemente sus raíces.

Su punto de vista es mentiroso y ridículo. La mayor parte de ustedes no ha hecho nunca nada contra la violencia, si no es porque se han visto en el trance de poner una firmita aquí o allá. Hoy han puesto su firmita *ahí*. ¡Qué se le va a hacer! El honor de la <intelligentsia> de Euskal Herria está en otra parte y en otros hombres que hoy, ante su insidiosa provocación, no pueden responder. Tampoco yo puedo hacerlo. Pero algún día podremos reflexionar libre y públicamente, y desde luego que lo haremos.

Mayo 1980

## ¿LA LITERATURA ES COMO UN CHISTE?

¿Es una novela una especie de chiste prolongado? ¿Será un chiste una especie de novelita corta? Desde luego que el chiste pertenece a las artes narrativas: es literatura cómica. (Esto de los chistes es un tema muy serio, sobre todo desde que el filósofo Henri Bergson escribió su libro sobre la risa, y Sigmund Freud su ensayo sobre el chiste y su relación con el inconsciente; así que el chiste, como tema, no es cosa de risa: como en una obrilla que uno escribió, *Ahora no es de reír*. Pero vamos a nuestro planteamiento de la relación entre la mini-subliteratura del chiste y la más o menos <grande> y <seria> literatura narrativa, relación en la que lo común es la base <ocurrencial> de una y otras narraciones).

Lo que se le ocurre a uno cuando se le ocurre algo en este campo de la narrativa, al cual pertenece el teatro dramático (el cual es otro modo de contar una historia más o menos imaginada, inventada), tiene mucho que ver con lo que se le ocurre a aquellas personas, a quienes nadie conoce -¿quiénes serán?, ¿dónde estarán?-, a las que se les ocurren los chistes: en el fondo no se trata más que de una ocurrencia más o menos compleja, y muchas veces, en la gran literatura, de todo un <sistema ocurrencial>. Ocurrencias felices -felizmente cómicas- son siempre los chistes; y una base ocurrencial hay en toda literatura narrativa, incluso en la más meramente descriptivo-costumbrista: por lo menos <se le ocurre a uno> escribir esa historia sucedida en la realidad; pero además siempre se *ponen* ocurrencias propias en esas descripciones pretendidamente objetivas.

Yo voy a describir ahora, en este ángulo oscuro, en muy pocas palabras, lo que en el libro bastante gordo publiqué ya hace algunos años: el proceso de la mal llamada <creación> narrativa. Sucede que en la *transcurrencia* (atención a esta palabrilla) de la vida corriente algunas personas tienen determinadas *ocurrencias*, con las que la vida se dilata imaginariamente en distintos niveles (y aquí, cosa poco frecuente, la palabra nivel <viene a huevo>, como se dice en cierta jerga española cuando las cosas suceden en el momento justo o en la circunstancia más apropiada): estos niveles son los de lo obviamente, lo extraño y lo decididamente imposible o maravilloso. Por ejemplo, a mí, que ahora estoy sentado frente a la transcurrencia de la vida corriente aquí, en la bahía de Txingudi -los barcos de los arrantzales que surcan las aguas de ida o de vuelta o de sus trabajos, el avión que aterriza en el aeropuerto, los coches que van o vienen por la carretera, las niñas y los niños de la ikastola que pasean acompañados por sus andereños...- se me ocurre de pronto o más lentamente, a través de un proceso ocurrencial, que:

1. El avión se sumerge en las aguas de la bahía -y, desde ahí, comienzo a imaginar una historia de lo más verosímil, como lo es este accidente (tan verosímil que ya sucedió una vez).
2. Un esqueleto se desprende del avión, al aproximarse éste al aeropuerto, y desciende en paracaídas.
3. El avión se transforma en un gigantesco murciélago y se aproxima a mí batiendo sus monstruosas alas.

Tres posibles orígenes de tres posibles narraciones imaginariamente dilatadoras, mediante sendas ocurrencias, de la normal transcurrencia de nuestra vida corriente.